

Malanguita

René Vázquez Díaz

Un amigo me llamó desde la Sagüesera para comunicarme que Malanguita había muerto. Sagüesera es el nombre autoinfamante que los cubanos de Miami le pusieron al South West de la ciudad, zona cubana por excelencia, atravesada por ese extraño remedio habanero que es la Ca-1 le Ocho: concentración pululante de cubanos en el South West, South Westsera, Sagüesera. Esa palabra, entrañable para muchos, tiene para otros asociaciones desagradables: gusanera, sabue-sera. Con el tiempo, los cubanos más afortunados abandonaron la Sagüesera hacia barrios más elegantes como Coral Gables.

El caso es que a la Sagüesera fue a parar Malanguita en 1980. Dicen que al poco tiempo andaba con una carte-rita de las llamadas marico-nas, atiborrada de billetes de a cien dólares. Manejaba un aparatoso Pontiac y repartía propinas de a cincuenta. Tenía dos testafellos (dos buitres cumbancheros que sólo unos años antes todavía pescaban langostas en Caibarién) que lo cuidaban a toda hora e iban armados con unas UZI israelíes de 9 mm. *para-belum* y peines de 25 balas, capaces de meterle miedo al susto.

Por suerte, Malanguita dejó a tiempo el tráfico de estupefacientes y se compró un bar en la Calle Ocho. *Malanga Blues* se llamaba, por la música que le gustaba al dueño. Pero una noche, un colombiano a quien Malanguita muy bien conocía entró en el bar y, sin mediar palabra, le dio dos tiros en la cabeza a uno de los clientes.

En el juicio, un impertérrito y bien peinado Malanguita declaró que él no había visto nada. Y de ahí no hubo quien lo moviera: tres años de cárcel por encubrimiento, pero él tenía su plástica y pudo comprarle un par de años a la justicia.

Yo lo quería mucho. Era noble, jaranero y un amigo fiel de verdad. Pero era disparatado, impredecible y distraído como un cachorrillo. En el colegio hizo una vez una ganzúa y extrajo los cuestionarios de los próximos exámenes, de modo que todo el mundo contestó bien todas las preguntas en unos pocos minutos. En aquella ocasión él mismo confesó su crimen alegremente, y fue vitoreado como héroe y expulsado por tiempo indefinido.

Después se regeneró o fingió hacerlo, se hizo joven comunista hasta que un día sorprendió a todos: solicitó irse del país. Perdió el trabajo y lo pusieron a barrer calles, ganándose la simpatía de todos. Salió con el éxodo de Mariel.

En los últimos tiempos tenía un trabajo normal en el aeropuerto internacional de Miami, y la última vez que lo vi me dijo, mientras tomábamos ron en un barcito de Ocean Drive: "¿Tú sabes, René, que a veces siento una cosa *mala* aquí en el pecho que no sé lo que es, una punzada y una apretazón, y me dan ganas de robarme un yate, atravesar el Estrecho y volver al pueblo?". "¿Y qué harías tú en Cuba, Malanguita?", le pregunté. El se encogió de hombros y miró al mar. "Pues no sé -dijo muy serio-, volver a ver a los que se quedaron, barrer calles y joder".

Cuando me dijeron que había muerto, primero no lo creí. Después quise saber si lo habían matado. "Qué va -me respondieron-, parece que tenía algo malo en el corazón"